

asambleas, ni le inspiran una gran fe los trabajos de los regidores de la república. ¿Qué hará ante aquel espectáculo, nuevo para él? ¿qué impresiones recibirá de aquella provincia de la realidad que a su observación se ofrece? Antes que el sentido de aquello, que sus antecedentes, que sus causas, que su transcendencia en la vida de la nación, se le revelarán las formas sensibles, lo curioso, lo pintoresco. Reparará en el chaquet del este diputado, en las barbas del otro, en la calva que brilla dos ó tres escuños más allá, en la entonación de un orador, en la actitud distraída ó interesada de los oyentes, en la silueta femenina que aparece en una tribuna; hasta los maceros y los ugières le brindarán un rasgo decorativo. He ahí la génesis de la nueva crónica parlamentaria, que tiene ojos, pero no tiene oídos ó no los ejercita, que lo observa todo en el Parlamento, menos lo que se dice en él—¡oh ironía!—que fabrica telones, fondos de cuadro, pero los deja sin asunto, sin drama, como si en aquel paisaje no ocurriese nada. Es el paso del mar Rojo, cuando ya han pasado los israelitas y no están á la vista.

En *Azorin*, su fundador, tuvo este género de glosas parlamentarias el encanto joven y fresco de la novedad. Los antiguos cronistas parlamentarios, alentos á explicar como Dios les daba á entender, los asuntos de que se trataba en las Cortes; sus antecedentes y consecuencias en la vida pública, la repercusión de los discursos en los ánimos, no habían caído en que había allí un rico telón descriptivo. Como las caras y los trajes de los parlamentarios les eran familiares no habían advertido el interés que sus retratos podía ofrecer á los lectores de periódicos. Un macero, un ugière, una señora de las que asisten en las tribunas no les parecían figuras accesorias indispensables para dar color á la reseña de una sesión.

El público celebró la novedad que le brindaban las crónicas de *Azorin*, quizás más por el arte que por la novedad. *Azorin* es un gran iluminador de la literatura. Puede decirse que ha puesto la literatura en viñetas deliciosas y atractivas, trazadas á pluma. Quizás cuando cultivó esa crónica parlamentaria pintoresca, retratista, pictórica, *Ítaca*, sin más allá de lo físico, se hallaba él, en un momento de crisis, bajo la seducción de ideas que no eran las suyas y que le impulsaban á huir de las ideas y á complacerse en el juego de las imágenes sensibles, que no tienen color político, ni doctrinal, y se avienen á todos los pareceres.

*Azorin* ha hecho escuela. Cronistas inmensos, de ágil estilo y también gaceteros ínfimos dotados del innagotable caudal de audacia que da la necesidad, han seguido sus huellas. Los chaquets, las corbatas, los bastones y las calvas de los diputados, los solemnes maceros y las señoras parlamentarias siguen surtiendo de color las crónicas de las Cortes, como diciendo al público que todo eso es lo más interesante que allí se ofrece á la atención. Y en ocasiones, á pesar de lo frívolo del género, puede que tengan su parte de razón...

ANDRÉNIO

DEL AMBIENTE

REVISIONES

I

Una nube de tristeza, una como niebla pesada y fría, de trágica desesperanza, se cierne sobre una parte de la intelectualidad española. Ha perdido la alegría, síntoma terrible de la falta de fe. Nuestra literatura y nuestra crítica, salvo contadísimos ejemplares, contribuyen á este estado de sorda irritación, de tristeza, de desánimo. Continúa la revisión pesimista, comenzada hace quince años, de nuestros valores éticos, históricos, artísticos, científicos, literarios y su balance da por resultado que hemos sido pobres en lo material y en lo espiritual. El tesoro del alma española ha estado siempre tan exhausto como el de nuestra riqueza pública. No solamente hemos sido poca cosa más que una tribu, como pueblo, sino que hemos carecido de hombres realmente extraordinarios. Casi todos los que juzgamos altos ingenios y grandes corazones, han ido cayendo, segados por la hoz implacable de esa crítica revisionista. Como estamos sin esperanza, como hemos perdido la fe en nosotros mismos, nos estamos suicidando. Triste labor, triste labor...

A los pueblos, como á los hombres, puede levantarlos de la prostración, de la abyección misma, un sacudimiento, un azote, una crítica severa y aun acerba, un cauterio: lo que no los levantará jamás, antes acabará de hundirlos, es la saturación continua y sistemática del desprecio de sí mismos, la afirmación constante de la inutilidad de todo esfuerzo, la desesperanza y el desaliento, la convicción, finalmente, de lo incurable de su enfermedad.

Pero, realmente, es eso verdad, es verdad que somos y hemos sido tal como nos pintamos á nosotros mismos y como nos hemos empeñado en que nos juzgan los demás, como pueblo, tristes, fanáticos, místicos, trágicos, violentos, supersticiosos, crueles é incapaces? ¿Es verdad que

no hemos contribuido á la civilización, al progreso, al saber, á la ciencia, que no nos debe nada el mundo? Pero ¿es verdad todo eso? ¿No habrá en ello equivocación, espejismo sombrío y algo de aberración morbosa? Juzgamos bien las cosas, serena y serenamente, sencillamente?

No venimos ahora á revisar la revisión, ni á discutir si tuvimos ó no hombres realmente extraordinarios, ni si en arte y literatura y en ciencia y en política estuvimos ó no á la altura de los demás pueblos de Europa. Yo lo daría por bueno, por no discutir, en cosa en que cada cual puede y aun debe juzgar según su buen criterio, porque á la postre otras revisiones vendrán, como las ha habido casi periódicamente y pondrán encima lo que hoy se pone por debajo y cada generación verá con ojos distintos el valor de las que fueron. Se desenterrarán libros olvidados y nombres oscuros; se hallarán bellezas en obras de que hoy se abomina; las mu-

paración de unos con otros y con el tipo ideal saqueamos el justo resultado. ¿No podrá España resistir la comparación de sus valores históricos, científicos, literarios, artísticos y sobre todo éticos con los de las demás naciones de Europa?

Al alcance de la mano tengo un libro y un mapa del mundo. Doy una ojeada á éste y veo en síntesis la historia. Me entristece pero no desmoronamiento; pero me enorgullece todavía «haber nacido español» como al personaje del duque de Rivas no lo puedo remediar. Ese mapa me dice que no ha sido España cuna de civilizaciones; mas tampoco lo han sido los demás pueblos europeos. Los que lo fueron han muerto ya. Grecia y Roma no ha habido más que dos. Alemania—y no sola, sino juntamente con todo el norte de Europa y con Inglaterra—produjo con la reforma protestante un gran movimiento político y filosófico, y en Francia nació después otro gran movimiento parecido,

grandes descubridores de hielos, y, realmente, estos son hombres; pero los que se internaban por todos los mares y todas las tierras, bajo todos los climas, cuando carecían los hombres de todos los adelantos, instrumentos é inmensos recursos que hoy suministra la ciencia, hacían pensar en una raza de semi-dioses venidos al mundo para dominar á los hombres. Son palabras de Macaulay.

Unos dicen que fué la codicia lo que llevó á tales empresas á los españoles; otros que los echaba de su tierra el hambre y la miseria, la falta de trabajo. Pero yo no digo; yo cito hechos. Eso hicieron. Si fué por codicia, siguieron los pasos de todos los colonizadores que en el mundo han sido y son; si fueron crueles, sus investigaciones hechas en el Congo, en América, en el Sur de África, en el siglo XX, nos muestran á los colonizadores de todas las naciones europeas inhumanos y crueles hasta el horror. Si era



MADRID.—Recepción de los asambleístas en el Ministerio de la Gobernación

danzas en los pareceres artísticos, literarios y de toda especie se sucederán como hasta ahora y nuevas éticas y nuevas estéticas pesarán y contrastarán con nuevas medidas los valores pasados y los presentes. La idea oiga a cambio de modas con tanta frecuencia como la indumentaria, y por algo dejó Dios el mundo á las disputas de los hombres.

Lo que juzgamos censurable es el pesimismo de tan dolorosas revisiones y negamos su oportunidad. Juzgamos inoportuna esa revisión de los valores de un pueblo que en medio de su pobreza creía contar cuando menos con todo un tesoro espiritual y al final de su caída, precisamente cuando empieza á recobrarlo, se encuentra sin patrimonio, sin su hacienda y convertida en ridícula crónica de rey de armas hecha para halagar la vanidad de un patán enriquecido, o que tuvo siempre por limpia historia de esclarecido linaje. Los pueblos fuertes, ricos y victoriosos pueden, en pleno goce de su poderío, permitirse la curiosidad de revisiones semejantes: su nobleza actual podrá supir á lo que falta ó sobre á su abolengo; los pueblos en vías de reconstrucción han de poder sin humillar la cerviz al peso de pasadas ignominias, mirar cara á cara lo por venir, y han de llevar en el corazón, no el pesimismo del desahucio y en el alma la convicción de su incapacidad, sino la confianza en el éxito, de que son prenda las pasadas glorias.

Decir la verdad es cosa meritoria, pero hay ocasiones en que es más meritorio callarla: todas las ocasiones en que la verdad, aun con ser verdad, puede ocasionar un mal; pues por encima de la verdad está la bondad y está el amor.

Para juzgar á un pueblo, como para juzgar á un hombre, y sobre todo cuando ese pueblo es el nuestro, hemos de proceder por comparación y hemos de poner amor en nuestro juicio; no es posible que lo juzguemos fríamente, implacablemente, porque entonces la justicia se convertirá en crueldad. No hay en el mundo cosa perfecta y aunque todo tenga su ideal de perfección, nada lo alcanza y menos los pueblos, compuestos de tantas voluntades libres; se adueñarán, unos más, otros menos, á ese ideal y sólo podremos estar en lo de nuestro juicio cuando de la com-

que ha venido á modificar la vida del mundo; pero somos muchos los que opinamos que éstos, mas bien constituyeron trastornos ó accidentes de la civilización que nuevas civilizaciones. Verdaderamente España por su situación geográfica, que la mantuvo alejada del curso de todas las civilizaciones y con escasísimo contacto con el centro de Europa, se vió menos influida y más de refilón por las corrientes de cultura y ade ante que brotaban del centro ó corrían por él. Pero ese mapa me dice que España tuvo que constituirse en escudo y defensa de esa misma Europa contra la barbarie africana y contra la asiática en el Mediterráneo, de tal manera que sin España probablemente sería hoy toda Europa una inmensa Turquía.

Y me dice, además, que merced á España pudo Europa dedicarse tranquilamente á su cultura, á sus inventos, á sus filosofías, á su ciencia, á su Renacimiento... y á combatir solapadamente ó abiertamente á España, y favorecer al Gran Turco. Y entre tanto España descubría el Nuevo Mundo y casi todas las islas de los grandes mares ignorados. Ese mapa está sembrado de los nombres dados por los navegantes españoles á millares de islas, á continentes, á estrechos, á cabos, á mares inmensos que en lengua de España se llamarán mientras existan. Al fin, más grande y más noble y civilizador era descubrirlos y bautizarlos y trazar sus rutas y levantar sus planos y estudiar su flora y su fauna y sembrar en ellos la semilla de la civilización, que ir á robarlos después, con actos de piratería. Mientras los españoles ensanchaban así la tierra, bien podían los otros pueblos, con menos peligro, inventar telescopios para mirar el cielo.

¿Ha habido otro pueblo en Europa que haya hecho otro tanto ni entonces ni desde entonces hasta ahora por la civilización del mundo? ¿En que esas navegaciones y esas conquistas y esa civilización llevada á tantas tierras no cesaban por razón, ni saber, ni genio más aun de raza que de individuos? ¿Es que podían atravesar á ellas los alemanes y los franceses, y los italianos y los pigmeos de entonces, ni aun los ingleses? «Estos son hombres», decimos hoy al conocer los relatos de los

tan pobre España que sus hijos tenían que acometer por hambre tan gigantescas empresas, extraña hambre debió de ser, porque más fácil era comerse las naves, los aperros y sus armas y los tesoros de sus ciudades, que ir á escarbar tierras en islas y continentes tan lejanos... ¿Cuánta quiera diría que en aquellos tiempos nadaban en la abundancia tudescos, italianos, franceses...

Todo esto y más me ha dicho ese mapa tan elocuente. Lo que me dice en este instante el libro, lo veremos después.

ANGEL RUIZ Y PABLO

ESPIGANDO

El suicidio en Francia y en Italia

En el primer decenio del siglo XX se quitaron la vida en Francia 93.630 personas; en 1901 fueron 9.818 y con un aumento casi constante pasaron á 9.819 en 1910. Remontándose á muchos años atrás el aumento de los suicidios en aquel país es verdaderamente horroroso, pues en tanto que en 1840 ascendían á 9 por cada 100 mil habitantes, ahora llegan á 25, es decir, poco menos del triple.

En Italia, la porcentual de los suicidios es de 8 y un tercio por cada 100 mil habitantes. En algunos departamentos franceses la porcentual media es, y con mucho, rebasada, como en el Eure (Normandía), donde llega á 31.

En Italia la porcentual más elevada se halla en Liguria, que es de 15; la más baja, y un tercio, corresponde á Basilicata. En Francia la porcentual más pequeña corresponde al departamento de Tarn y Garonne, que es de 4.

El puerto más importante del mundo

Calculando el valor del tráfico anual de los mayores puertos del mundo, el *Scientific America* pone en primera línea el de Nueva York, con 2.385 millones de francos. Siguen Londres con 2.360 millones, Hamburgo con 2.370 y Liverpool con 2.125. Los demás puertos vienen todos á gran distancia. La apertura del canal de Panamá tendrá que aumentar todavía más la superioridad comercial de la metrópoli americana, ya que abrevia de 1.500 millas su distancia á Yokohama, de 2.500 la de Sidney y de 2.570 la de Valparaíso.

Los